

¿Qué hacemos con los humanos?

Por qué los robots,
la inteligencia artificial
y los algoritmos
representan una
amenaza para
la supervivencia
del ser humano

César Antonio
Molina

DEUSTO



¿Qué hacemos con los humanos?

Por qué los robots, la inteligencia artificial y los algoritmos representan una amenaza para la supervivencia del ser humano

CÉSAR ANTONIO MOLINA



EDICIONES DEUSTO

© César Antonio Molina, 2023

© Centro de Libros PAPP, SLU., 2023

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2023

Depósito legal: B. 17.078-2023

ISBN: 978-84-234-3632-3

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso por Gómez Aparicio Grupo Gráfico

Impreso en España - *Printed in Spain*

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Sumario

Introducción	9
1. ¿Es éste ya nuestro mundo?	21
2. ¿Cómo convertirnos en centauros tecnológicos?	36
3. Los graves peligros del transhumanismo	54
4. ¿Sobreviviremos a Internet y a la inteligencia artificial?	58
5. Cuando la ciencia se separó de la filosofía.	79
6. Los orígenes del negacionismo científico	88
7. Ni ciencia ni negacionismo	111
8. Cuando la tecnología supere a la biología humana	128
9. El ser humano como materia prima.	169
10. ¿Aún vale para algo la metafísica?	188
11. Morir antes del transhumanismo inmortal	196
12. Pódcast: el archivo de los pesimistas	214
13. Ateos con Dios	222
14. Tortura, tecnología y democracia.	234
15. La tragedia de las utopías redentoras	244
16. Artesanía tecnológica	258
17. Creación frente a mercantilización, y los NFT (Non Fungible Token)	267
18. La medicina antes de la nanotecnología	273
19. Cuando don Quijote fue pionero del transhumanismo	287
20. Antídotos frente a la arrogancia científica, económica y tecnológica	297

21. Los animales, ciudadanos como nosotros, y sus miedos por la posibilidad de ser sustituidos por los robots	301
22. ¿Cómo salvar a la humanidad del mal?	305
23. De la seducción individual a la masificación industrial	324
24. Nosotros, los fósiles del futuro. El metaverso, los avatares y la sociedad virtual.	327
25. Del glosarnos en silencio a la soledad de Facebook, Google Libros, Open Library y el Chat GPT.	332
26. Últimas noticias sobre los humanos	341
27. Por los retretes exiliados del mundo futuro de la inteligencia artificial, los algoritmos y la robótica	356
Bibliografía	363

¿Es éste ya nuestro mundo?

Este convulso primer cuarto del siglo XXI está siendo uno de los más raros ambientalmente de nuestra reciente historia. Y la manera de parar el desastre ecológico no es fácil. Hoy, la política, en el mejor de los casos, se ha convertido en una mera administración, en una gestión de expectativas, en un centro de atención o desatención al cliente a través de máquinas parlantes. La palabra *ciudadano* va estando cada vez más desprestigiada. Desde Silicon Valley y, en general, desde todos los centros de gestión de las grandes empresas tecnológicas, no se cansan de publicitar que los problemas de ahora, que nosotros creemos tan peligrosos e irresolubles, pronto serán ya un mal sueño del pasado. Sin embargo, las utopías y distopías siguen captando la atención de los lectores y espectadores a través de las obras de escritores y cineastas como Houellbecq, Truffaut, Kubrick, Von Trier o Corma McCarthy. Hollywood ya ha tomado también buena nota de ello y algunos de estos estudios de cine pertenecen ya a las grandes multinacionales tecnológicas. Mientras tanto, el descrédito político es cada vez mayor. Pocos ya creen y confían en sus actuaciones dirigidas por los intereses de sus partidos o, lo que aún es peor, los suyos propios. Pocos ciudadanos están seguros de que sus hijos puedan tener una vida mejor que la que ellos tuvieron; que la libertad que antaño se disfrutó pueda ser, al menos, la

misma; que el mundo pueda controlarse adecuadamente y con menos desigualdades, y que las sociedades occidentales, sobre todo las democráticas, no pasen a ser piezas de museos arqueológicos.

Todos los seres humanos han conseguido, a lo largo del tiempo, el derecho a la vida, a la libertad y a la felicidad relativa que podemos conseguir en el mundo, fuera la que fuere su clase social, su religión, su raza o sexo. Pero en el mismo curso de la historia, ésta fue ignorada también por algunos gobernantes y religiones, quienes, precisamente, se exigen ser solidarios con los demás, sobre todo con los menos favorecidos. La Revolución francesa, el liberalismo y los movimientos sociales capitaneados por los socialistas democráticos en el siglo XIX y XX lucharon por la defensa de los derechos humanos.

La evolución de las máquinas inteligentes ha superado hace mucho tiempo a sus inventores. La victoria de una máquina contra la inteligencia humana se produjo en un concurso de televisión. El ordenador Watson de IBM participó, en el año 2010, en el programa «Jeopardy» contra dos expertos humanos. Su victoria sobre ellos fue aplastante. Lo cuenta Philipp Blom en su libro *Lo que está en juego*. Los ordenadores, los últimos modelos, han aprendido a aprender, a entender, a hablar, a reconocer y a adaptar sus capacidades a cada situación. Así pues, al menos teóricamente, las posibilidades de utilización se vuelven infinitas. Un ser humano, un individuo, por muy preparado que esté, no puede competir con un sistema que aplica en tiempo real todas las publicaciones y estudios, todos los medicamentos y protocolos, diagnósticos, escáneres, analíticas y el historial de tratamientos que han dado buenos resultados. Y esto no sólo sucede o sucederá en la medicina. Otras disciplinas y profesiones pronto pasarán por lo mismo. La robotización ya es una realidad. ¿Podrán crearse otros oficios que el ser humano aún pueda llevar a cabo? ¿Cuáles? Programadores, expertos en seguridad, reparaciones, ingenieros, diseñadores, consultores, expertos publicitarios. Todo, absolutamente todo, está en peligro.

Para el trabajo intelectual de la vanguardia tecnológica se necesitan en comparación menos cerebros humanos con buena

formación y, en principio, cada oficio está sólo un paso por delante de su digitalización. Según el propio Blom, en un plazo de veinte años, la mayor parte de los trabajos estarán en peligro por la automatización en Estados Unidos. Kodak apostó por la fotografía analógica, se retrasó en la digital y poco menos que desapareció. Todavía no se han investigado las consecuencias sociales del desarrollo tecnológico. Seguramente se tendrán que aceptar peores trabajos y peor remunerados. Thomas Piketty, en *El capital en el siglo XXI*, comenta que los ingresos del trabajo siguen disminuyendo, mientras que los del capital aumentan. Los Estados y sus agobiados gobiernos tratan de salir de los problemas más acuciantes e inmediatos y, por eso, no han podido ocuparse en atender e investigar las consecuencias sociales del desarrollo imparable de la tecnología y traducir lo que va a significar este cambio sociolaboral y económico. Ni siquiera los partidos socialistas y socialdemócratas de Europa han podido ofrecer soluciones. En muchos casos se vieron obligados a integrar en sus programas las ideas económicas neoliberales. Descualificación (*deskilling*): pérdida de competencias y capacidades, un aspecto muy importante de la gestión de la tecnología. ¿Quién necesita escribir a mano? El ordenador ya lo hace. ¿Quién necesita conocer la ortografía? El ordenador ya lo hace. ¿Para qué tener el carnet de conducir? Los coches ya serán automáticos, así como los aviones, autobuses, barcos, trenes y cualquier otro medio de transporte. ¿Para qué necesitamos saber idiomas si las máquinas traducen simultáneamente? Cuanta más tecnología exista más dependeremos de ella y más desconocimiento de nosotros mismos tendremos.

El vuelo 447 de Air France que cayó al mar haciendo la ruta entre la ciudad brasileña de Río y París estaba gobernado por ordenadores que fallaron y los pilotos no supieron qué hacer porque esa tecnología los superaba. La infantilización de los usuarios comienza por los nativos digitales que ya ni sabrán hacer la caligrafía, ni dibujar a mano, ni, en general, hacer ningún ejercicio sea cual fuere que implique la utilización solamente de sus manos. Richard Sennet pide volver al trabajo manual. Él, como todos nosotros, sabe que eso ya es imposible. Karl Polanyi,

más emocionalmente controlado, sugiere ralentizar las transformaciones hasta que sean socialmente aceptables. Yo comparto totalmente su idea de que los algoritmos y los robots nos llevarán al caos económico personal e intelectual. La digitalización avanza con más rapidez que la capacidad de las sociedades para reaccionar con inteligencia. El cambio tecnológico es más rápido que el generacional. Y el individuo en medio de este caos naufraga porque, sobre todo los exiliados digitales de generaciones mayores, son incapaces de absorber tal cantidad de modificaciones en su vida.

Los partidos de izquierda sin soluciones alternativas tienden a su desaparición, y la derecha clásica liberal democrática también se queda sin argumentos frente al capitalismo más salvaje y sin escrúpulos. Probablemente desaparecida la política tal cual la concebimos y experimentamos, un puñado de oligarcas dirigirán los destinos de las naciones. Pero no entre bambalinas, como hacen hoy en día, sino «como un régimen inviolable apoyado en el *big data*, en la supervisión total y con cantidades ilimitadas de dinero y algoritmos omniscientes», nos avanza el historiador, novelista y traductor alemán Philipp Blom.

Pero uno de los primeros en denunciar el poder de las corporaciones y su socavamiento de las democracias fue el profesor y ensayista Noam Chomsky en *Los guardianes de la libertad* (1988). El ser humano, y esto ya se ha venido repitiendo muchas veces, va camino de su obsolescencia. El pensador hamburgués, que también mezcla el género periodístico, recoge en el libro anteriormente citado la anécdota de Henry Ford II. El magnate, habiendo inaugurado diversas plantas de producción de coches, ya todas robotizadas, se dirigió al secretario general de los sindicatos obreros diciéndole: «¿Cómo piensas convencer a éstos para que se afilien a tu sindicato?». Y el otro contestó: «¿Cómo va a convencerlos para que compren coches?».

No se puede abandonar a la gente a su suerte. ¿Quedará vigente alguna clase social? Quizás la más baja: inculta, pobre, hambrienta, indignada, abandonada, compuesta ya por la clase media depauperada. ¿Habrá entonces tumultos, inseguridad, criminalidad? O ya tan siquiera, ¿habrá a quien robar, asaltar?

¿Cómo serán la sociedad y los individuos si ya no trabajan? ¿Para qué valdrá la existencia? ¿Por qué será todo esto sustituido? ¿Sólo habrá consumidores? ¿Y de dónde saldrá el dinero para gastar? ¿Dónde se ganará o se obtendrá dinero? ¿Y el crédito? ¿Sólo habrá lugares para el entretenimiento? Siempre, a lo largo de la historia, hubo consumo, pero tal como lo estamos viviendo ahora, viene desde la última posguerra algo nuevo o renovado en la historia de la civilización. Las marcas sustituyendo a los nombres nobiliarios. Los consumidores generan ganancias, la cadena de producción genera identidades tribales e imágenes oníricas. Las gentes deben adaptarse, optimizar y reinventar constantemente para seguir el ritmo.

Se está produciendo ya con fuerza una gran colisión entre las viejas y las nuevas generaciones. Gramsci comentó que todo colapso provoca trastornos intelectuales y morales. Pesimismo de la inteligencia y optimismos de la voluntad. ¿Cómo controlar el desencanto de la ciudadanía? Una ciudadanía con trabajo, sin trabajo, con trabajo desagradable o sin trabajo por las interferencias de las tecnologías y los robots. Hay que evitar que se desarrolle el virus de una sociedad sin esperanzas. Incluso el consumo, durante estos últimos tiempos, ha perdido gran parte de su poder mágico y transformador. Hay que mantener la dignidad perdida del trabajo. El trabajo y la vida ya no tienen valor para la sociedad y eso conduce a la furia, mala consejera para llevar una vida en paz y sin conflictos. El sueño americano ya no funciona, ni siquiera en Estados Unidos. Las gentes ya no pintan nada, son parte de un sistema que trabaja contra ellos, y todo eso después de haber asimilado que su dedicación y su labor debían ser la base del éxito y el respeto.

En *Descenso a los infiernos: Europa 1914-1949*, Ian Kershaw señalaba 1918 como el año en que se produjo el derrumbamiento de las democracias europeas. Surgieron entonces los nacionalismos étnico-racistas, cundió el revisionismo territorial, reaparecieron agudizados los conflictos de clase y el capitalismo tuvo su primera gran crisis que estuvo a punto de llevárselo todo por delante. En el año 2008 volvió a suceder algo por el estilo, aunque esta vez intervino el Estado para salvar a los bancos y así muchos

gobiernos democráticos perdieron su legitimidad, pero es que el no rescatarlos hubiera sido entonces una catástrofe mayor, pues, ¿dónde tiene la gente el dinero? Obligatoriamente en los bancos. Hoy el debate que se está dando es entre el sueño liberal y el autoritario, entre el mercado y la fortaleza. Las migraciones imparables y el desarrollo tecnológico son otros asuntos imprescindibles. Yo siempre he estado con los ilustrados. Sin ellos, no estaríamos donde estamos a pesar de los grandes puntos negros que ha habido en la historia de la humanidad desde el último cuarto de siglo XVIII y el primero de este siglo XXI. La clase media en ascenso —comerciantes, administradores, profesores, juristas, artistas y artesanos— proclamaba que todos los hombres tenían derecho a vivir como quisieran, que nadie nacía para ser súbdito y, por tanto, tampoco para ser un legítimo rey. La idea que subyace es que el poder debe compartirse. Por supuesto. Y así, al menos temporalmente, se ideó y se trató de poner en práctica, pero los acontecimientos bélicos, sobre todo napoleónicos, lo impidieron o retrasaron demasiado tiempo.

El mayor atributo de la Ilustración era el de la racionalidad, de la misma manera que para sus antepasados había sido el alma a la que ahora sustituía. La Ilustración quiso extender el saber y el conocimiento, a veces imponiéndolo. Evidentemente ambos provenían de una determinada clase social. No me parece nada mal que se quisiera enseñar a leer o escribir a gran parte de la población y extender una ética y unos modales que ya eran más laicos que religiosos. El ser humano, a diferencia de lo que defendía Rousseau, no podía seguir viviendo medio salvaje. La educación y la cultura debían llevar a cabo esta transformación. Estas ideas se creían superiores por lo que de cambio significaban. Por ejemplo, nada menos que avanzar en la alfabetización de la población. Entendían que imponerlo era una necesidad histórica. ¿Sumisión de grandes poblaciones? Seguro que sí. Pero la palabra *sumisión* no es justa en el sentido de que la Ilustración quería llevar a cabo su programa. Adorno, Horkheimer, Foucault o Derrida siempre fueron muy críticos con este movimiento cultural y educativo. Y entiendo sus razones, por mí no compartidas, pero en ningún caso la Ilustración condujo, como ellos defienden, al

totalitarismo a través del progreso y la razón, máscara del poder necesaria para controlar, oprimir, explotar y, en caso necesario, aniquilar a grupos menos privilegiados; todo ello, naturalmente, al servicio del bien común.

No estoy de acuerdo con los adjetivos. Son opiniones extremas y hoy absolutamente revisadas. Kant, Hobbes o Voltaire también pensaron que había que dirigir y manipular a las masas por su propio bien. La palabra *manipular* también me parece demasiado demagógica. Sería mejor *orientar* o *dirigir*, sin ese aspecto censor y controlador que comporta la manipulación. Blom comenta aquello que decía Churchill: «Sólo creo en las estadísticas que yo mismo he manipulado». Era Churchill y estaba en nuestros días. Hoy se hace algo por el estilo, pero se afirma todo lo contrario.

Siempre se ha pensado, y es una reflexión muy actual, si una parte de la ciudadanía está intelectualmente capacitada y lo bastante informada para votar. Una duda compleja de eliminar. ¿No tenían quizás razón los ilustrados cuando consideraron que muchos de sus contemporáneos no eran capaces de tomar decisiones importantes para su sociedad? No nos olvidemos de que era la segunda mitad del siglo XVIII, hace más de dos siglos. Y de ser así, ¿cómo deberían concebirse las sociedades futuras para no dilapidar su herencia liberal? John N. Gray, en su libro *Perros de paja: reflexiones sobre los humanos y otros animales*, desconfía de la mejora del ser humano: codicioso, cruel y estúpido. «El conocimiento no nos hace libres. Nos deja tal como siempre hemos estado, a merced de toda clase de locura», escribe Gray. Cita Blom, en *Lo que está en juego*, a Durkheim y Claude Lévi-Strauss, que, según él, llegaron a la conclusión de que el progreso es un enorme talón de Aquiles: la transformación constante, el tirar lo viejo a la basura o la salida de un mundo conocido que pronto será destruido son factores que ejercen una enorme presión sobre la gente, que ya no consigue orientarse ni se siente cómoda en un mundo que cambia a una velocidad de vértigo. Yo así lo siento, y mucha gente de mi entorno. Pero somos personas que pasamos casi la mitad de la vida en el siglo anterior. ¿La juventud piensa también esto? Por el simple hecho de ser joven no se

reflexiona nada y menos en el futuro que se tiene como algo remoto y en la inmensa lejanía.

La Ilustración apoyó, a su manera y saltándose muchos criterios de su época, los derechos y libertades del ser humano, aun cuando en una sociedad aristocrática la idea de igualdad se considerase, además de absurda, peligrosa. Hoy, esa idea ha adquirido una forma que lleva a quienes la defienden a tropezar con sus límites. Los derechos humanos universales, tal como se manifestaron en el siglo XIX, no tienen nada que ver con lo que ahora nos está pasando: migraciones de millones de personas, la globalización, la tecnología, la ecología, la política de nuevo agresiva de Rusia o China, así como un montón de otros nuevos asuntos que nos desconciertan. Blom escribe:

Si alguna vez se instauran derechos de dos clases —aquellos de que todos los hombres son iguales pero algunos son más iguales que otros—, sólo será cuestión de tiempo hasta que nuevos grupos pasen a formar parte de la segunda categoría. Todos somos parte de una minoría que alguien odia, sea por la identidad religiosa o étnica, sea por las convicciones políticas, la orientación sexual o, sencillamente, porque uno es diferente, porque lleva gafas o el pelo largo, porque es calvo o tiene pinta de peligroso. Los derechos humanos deben defenderse sin reserva como universales; de lo contrario quedan atrofiados en palabras desprovistas de sentido.

Tony Blair, Schröder, Clinton u Obama mismo, mandatarios más o menos de izquierdas, tuvieron que llevar a cabo políticas de privatizaciones porque el mercado que sigue mandando en el mundo es, sobre todo en apariencia, apolítico e imparcial. No pertenece a ningún bando, si acaso a aquel que le puede facilitar el dinero o la manera de conseguirlo. El gran novelista norteamericano Gore Vidal con su habitual sentido del humor decía que, en el futuro, el Estado social sería para los ricos, mientras que la libre competencia sería para los pobres.

Hoy, ya estamos totalmente controlados. Ningún Estado totalitario alcanzó semejante capacidad. En la actualidad, el almacenamiento de datos es un bien económico. Las democracias li-

berales también defienden así su propia seguridad. Los seres humanos no son ya súbditos, ciudadanos o consumidores, sino también un aluvión de datos que se pueden recoger, empaquetar y vender. Es decir, una materia prima manufacturable. Por eso, el aumento de la vigilancia estatal y no estatal, encarnada en el almacenamiento de toda clase de datos personales, es un intento de las democracias liberales para defender su propia seguridad y, por otra parte, hace tiempo que la compilación y el procesamiento son bienes económicos en sí y forman un mercado que mueve miles de millones de euros.

Los populismos nacionalistas desterrados desde la Segunda Guerra Mundial han vuelto a reaparecer. Ellos se declaran nuevamente la verdadera fuerza y voz del pueblo. Erdogan siempre repite que él y su partido son la «auténtica voz del pueblo». Los nacionalismos vuelven a ser la verdadera y más peligrosa amenaza tanto interna como externa. El ideólogo derechista Steve Bannon, inspirador de Donald Trump, e igualmente asesor del partido español de extrema derecha VOX, dice que las élites liberales, según él ateas y nihilistas, se han infiltrado en los partidos políticos y los medios tradicionales, especialmente después de 1968. Han tomado las universidades, reescrito la historia, burlado los valores tradicionales y alterado el orden social. Y añade Bannon que el capitalismo se ha alejado de sus raíces ilustradas y judeocristianas, degenerando en un capitalismo de Estado o en un liberalismo extremo al estilo de Ayn Rand. Esta forma de capitalismo convierte a las personas en productos, en objetos y, al mismo tiempo, les transmite la ilusión de ser libres. Expulsados por inmigrantes delincuentes —seguimos con el pensamiento de Bannon— y las élites internacionales, la gente ya no se siente en casa en su propio barrio. Y las élites interconectadas a escala internacional reclaman transparencia, flexibilidad y tolerancia.

Para Bannon, la globalización tiene mucha culpa en el blanqueo de capitales. La nación se ve o se siente privada de su cultura, perturbada moralmente, reducida a una minoría étnica y lingüística por el poder de las cifras. ¿Cómo se la puede proteger contra su destrucción biológica, cultural y espiritual? En la campaña estadounidense del año 2016 los partidarios de Trump gri-

taban «Build that wall!». Construir un muro para evitar las hordas bárbaras. Pero ya sabemos, lo que Bannon parece desconocer, que nada se arregla con los muros, sino con la colaboración y ayuda a los países más necesitados.

Bannon ha profetizado una guerra global, sobre todo, contra el islam. Y por ello ha pedido reiteradas veces la prohibición del Corán, así como el uso del velo por las mujeres. Polonia, Hungría y algunos estados de los Estados Unidos de Norteamérica siguen estas ideas, también respetadas por nuestro derechista partido VOX. Bannon también ha cargado reiteradas veces contra la Unión Europea, a la que califica como «representante perfecto de un Estado liberal alejado de la ciudadanía». Y ese alejamiento lo produce la cantidad de burócratas que la componen. Él ha propuesto una votación popular, sin injerencia de las élites, dado que la Unión Europea fue un proyecto y una creación de éstas. Bannon defiende una libertad de prensa afecta, pero no aquella que divulga «mentiras» liberales. Libertad de expresión si no degenera en publicitar formas de vida degenerada. También arremete contra la Ilustración, «un perverso invento judeo masónico para someter política y económicamente a los orgullosos cristianos libres de Europa y desacreditarlos culturalmente». Bannon y su populismo de extrema derecha vuelve a traernos el sueño autoritario recluido en la comunidad nacional. Nacionalismo frente a universalismo. La Ilustración fue el progreso interrumpido por la Revolución francesa y las guerras napoleónicas. El sueño autoritario es ese pasado ideal que nunca se construyó.

Zygmunt Bauman califica todo este pensamiento que nos retrotrae a los años treinta del siglo pasado de «retrotopía», de vuelta a la soberanía nacional, a la autodeterminación internacional, a regresar a las tradiciones locales más profundas, a la identidad cultural, a la seguridad y pertenencia individual, a la armonía con la voluntad y al control único de su tierra y de sus vidas. Y esto se plasma en la lucha contra las élites liberales, contra las supuestas influencias neocoloniales, contra las industrias globalizadoras y oligárquicas, contra los islamistas, contra la prensa mentirosa (la mayor parte, según ellos) y, en general, contra todos aquellos que consideren depredadores de sus ideas y colaboradores de la

decadencia. Los antiguos antagonismos, las antiguas denominaciones ya no importan, no significan nada. Ya da igual: derecha o izquierda, religioso o laico, rico o pobre, liberal o social, conservador o progresista, nacionalista o racista. El sueño autoritario vincula elementos de derecha e izquierda, como hizo el fascismo nacionalsocialista.

Liudmila Ulítskaya, oponente de Putin desde Rusia, habla de «crisis de los conceptos». Ya nadie sabe lo que se quiere decir ni tiene palabras para describir lo que está ocurriendo. Masha Gessen, otra opositora a Putin desde Rusia y el exilio, destaca el papel de la mentira en todos estos procesos. Mienten para demostrar que tienen poder sobre la verdad misma. Hoy, los populismos tienen los sueños rememorativos de los antiguos fascismos y comunismos soviético-maoístas. Sueños autoritarios basados en los mismos presupuestos: nacionalismo, antimodernidad, fobia al extranjero, pureza cultural propia y étnica, presencia fundamental de un líder, enemigo invisible —interno y externo—, los ajenos subhumanos —raza inferior—. Piensan que la solidaridad con países lejanos es complicada y la libertad de los demás implica siempre una limitación de la propia. Son antiilustrados, estaban con Rousseau en la crítica a ese movimiento cultural contemporáneo del filósofo de Ginebra. Rousseau, venerado por Robespierre, Lenin, Stalin, Mao y hasta Pol Pot. Pero en estas últimas décadas han cambiado muchas cosas. Los judíos ya no son los enemigos. Los populismos de extrema derecha admiran a Israel como un país fuerte y declaradamente enfrentado al islamismo terrorista.

Yascha Mounk habla de democracia iliberal, una mutación de la democracia clásica. También de un liberalismo antidemocrático. Está contra la democracia electoral manipulada, autoritaria y poco autocrítica para mantenerse en el cargo. Sí, en general, podría hablarse de la existencia de democracias imperfectas que rozan los límites de mantenimiento de su denominación de origen. Por eso, incluso Scott Atran se refiere a que la democracia es tan ficticia como cualquier religión. Para él, no es un estado natural, no es una necesidad histórica, es antinatural y casual, para mantenerla hay que esforzarse mucho. Por ejemplo, consi-

derando siempre a Francia como ejemplar políticamente, allí las mujeres no pudieron votar hasta el año 1947. Las sociedades liberales no son el final de la historia, han surgido hace muy poco tiempo y siguen siendo pocas en el mundo. ¿Qué puede ocurrir si ya no hay suficientes personas dispuestas a creer ese relato? ¿Qué puede ocurrir si muchos pensadores de la historia hubieran considerado que la democracia es imposible, que la igualdad es un absurdo y la libertad una ilusión? ¿Y si la democracia fuera una desviación de la historia de la civilización y, en lugar de una necesidad histórica, fuese un atrevido experimento con un resultado abierto? Y todo esto se proyectó e inició lentamente con la Ilustración.

El embrutecimiento digital erosiona la democracia con gran eficiencia y vuelve obsoleto todo debate. El empobrecimiento del lenguaje en los medios oficiales es tremendo y, muchas veces, no es un lenguaje de la conciliación sino de la confrontación. Las democracias liberales son una forma de sociedad que eligen los votantes civilizados porque ven en la estabilidad una ventaja. Nuestras sociedades están superadas por las tecnologías que nos imponen una felicidad pasiva, puesto que las únicas decisiones fundamentales son las que se toman entre los mercados. Hasta ahora, en las democracias occidentales, hemos vivido en unas sociedades bastante justas e igualitarias ante la ley. Sin embargo, la involución que se está produciendo en los últimos años puede acelerarse. Muchas cosas se están dando por sentadas sin consultar a la gente y pueden hacerlas antagónicas. Richard J. Evans escribe que cada sociedad muere a su manera, que la democracia es enormemente frágil. La resistencia es grande entre la sociedad civil: los medios de comunicación siempre cercados, los activistas ecologistas y pacifistas, la justicia, el profesorado en sus diferentes estructuras, la intelectualidad, etcétera. Pero ¿serán suficientes todas estas capas sociales, llegada ya la hora, para mantener esa «ficción» de la democracia?

Hoy, quienes siguen teniendo una fe ciega en ella son, desgraciadamente, cada vez menos. Después de la Segunda Guerra Mundial, el trauma histórico fue de grandes proporciones. Pero los seres humanos no aprenden de la historia si no la han vivido

muy directamente. Cada generación posterior va dando un paso definitivo hacia el olvido. Las democracias occidentales fueron restituidas en el año 1945. La guerra en Europa había finalizado. Y los principios de esa gran victoria contra el fascismo estaban claros. El primero y más sobresaliente, el evitar dos conflictos mundiales semejantes a los pasados. Luego se facilitaron los medios para el desarrollo de una economía que creara muchos empleos. Se distribuyó la riqueza, las jerarquías abiertas y parlamentarias, los fortalecimientos de la democracia, la inversión en la educación, el Estado social, la paz, los derechos humanos, el antirracismo, la tolerancia, la transparencia, la superación de los Estados nacionales en conflicto reunidos en asociaciones multinacionales como la Unión Europea, la sociedad del bienestar, la convivencia, las esperanzas compartidas, el mantenimiento de los estatus y el garantizar el futuro. Y para todo esto estaban los parlamentos, los tribunales de justicia, las escuelas, las universidades, las infraestructuras, la defensa del territorio, el control de los graves peligros que traen consigo las crisis económicas.

¿Qué necesita una democracia liberal para sobrevivir? Sobre todo, mantener el estado de bienestar y la buena colaboración con los regímenes hermanos. Sin bienestar la democracia se agrieta. Pero ¿esto lo pueden aguantar las economías locales y foráneas? El progreso siempre es reversible, las civilizaciones se quedan sin aliento y se dan por vencidas cuando se les acaba la esperanza. Por ejemplo, el trabajo. Las subvenciones no son suficientes porque, además, no crean un trabajo productivo, porque la gente empieza a sentirse cada vez más inútil y superflua cuando entiende lo que está pasando. Puede que la democracia liberal no sea más que una etapa en el camino hacia otra forma de sociedad, pero aún no está decidido cómo será esa sociedad.

¿Qué sucede con una sociedad que no quiere tener futuro si cae en un rápido de la historia? ¿Qué quedará, qué se quebrará? ¿Con qué reemplazarán las estructuras que se lleva la corriente? Hay que tener en cuenta que no se debe pronunciar nunca: «Eso no puede ocurrir nunca». Estamos en medio de una transformación vertiginosa. Las sociedades reaccionan o lo padecen. No son suficientes los muros. El modelo económico de explotación ha

quebrado. La democracia y los derechos humanos son una excepción reciente. El progreso es reversible, tanto como estos principios: libertad, igualdad y fraternidad. No hay democracia sin esperanza compartida con todas las clases sociales. Una esperanza sensata y legítima. La transformación tecnológica ya está influyendo y transformando nuestra vida personal, nuestras ideas, nuestros sentimientos y nuestra propia imagen. La destrucción de la naturaleza, el consumo de materias primas energéticas y la poca atención a los problemas de contaminación. Ya todo el mundo está conectado a través de Internet. Pero ¿qué pasará si se produce un gran colapso o apagón en las conexiones? Casual o provocado, pues esto ya es un arma bélica.

La izquierda mantiene sus pilares basados en la justicia social y la redistribución de la riqueza. La derecha habla de la renta básica como única posibilidad de seguir fomentando el consumo y, así, el crecimiento económico en la edad de las máquinas. Pero ¿qué será del ser humano sin trabajo? ¿De qué manera podrá definirse si ya no se tiene una profesión, una dedicación, una utilidad? Ya estamos en manos de los algoritmos y los robots. Todo esto traerá una grave crisis existencial de dimensiones desconocidas. Y no se puede comparar esta revolución tecnológica con las anteriores industriales, porque la actual —que sólo ha comenzado— implica el cambio económico, político e incluso temporal y espacial.

¿Qué pasará con la prensa libre en medio del poder controlador de conglomerados mediáticos? ¿Hasta dónde llegará el poder de las redes? ¿Qué pasará con la explosión demográfica en continentes como África y Asia? ¿En qué momento el ser humano ya será perfectamente superfluo? ¿Podrá sobrevivir una sociedad que creía poder salvarse sin futuro y sin esperanza alguna? Herfried Münkler se refiere a la democracia como una maquinaria lenta, para ralentizar la toma de decisiones. ¿Es necesario un dictador, un tirano, entonces, para acelerar las decisiones?

Todo debe ser revisado: la ecología, la solidaridad, la implantación de un nuevo modelo económico más justo, el empleo de la tecnología para ayudar y no combatir o controlar a las personas,

la renovación de la democracia acercándola más a la gente. Es necesario esclarecer críticamente la herencia ilustrada y entender también el proyecto en lo que tiene de contradictorio. Y también, ante todo y sobre todo, como afirma muy acertada y sensatamente Philipp Blom, preocuparse mucho por el «lujo de la ignorancia», por el odio a la cultura, a la educación, al saber y a la inteligencia. La ignorancia, cada vez más persistente, extensiva y atrevida, es, hoy en día y en el futuro, una de las grandes amenazas para la convivencia.